

Un lector en la travesía de EL LLANTO AMERICANO

Miryam González Blanco

Entre abundancias y ausencias me interrogo. Deshojo incrédula las pasajeras ilusiones puestas en venta en las vitrinas de la cotidianidad cada vez más empobrecida de mi país. Colonizada al punto de pensar en el oficio de vestir sólo con ropajes de tecnologías para obtener pasaporte de ingreso al mundo. Del mundo posible y accesible desde la verdad alienante de la totalidad, del centro. Que me seduce con sus revolucionarias estéticas. Con su solemnidad del saber bien articulado por los amos del pensamiento universal que masticado retorna al mundo mágico del ahora buen inteligente salvaje. Desde esa expectativa y para resarcirme de estas visiones del Badel ilustrado y ocioso, me refugio precariamente en mi pasión-destino de lector iluso, con la oculta esperanza de que todo sea abolido en algún siglo, desde la palabra. Extravío en el negro carácter de lo que fue una página en blanco, mi fe en la resurrección y hago de estos signos mi experiencia purificado destino, sobrevivencia y obligándome a integrarme, a fundirme en su sustancia. El

libro que sale de la sombra del estante y fabricamos juntos la magia de otras cercanas realidades y peleamos o nos amamos como si fuésemos rivales o amantes. El libro que finalmente pone término a mi aventura de lector o yo-lector que pongo término a la aventura del libro.

En esta reflexión, llega a mis manos una novela signada por el grito y la desgarradura existencial del ser y del mundo latinoamericano: **El llanto americano o Crónica de los Nosotros**, de Ana Rosa Angarita Trujillo⁽¹⁾. Experiencia singular, arrolladora la del **Llanto**. Escritura que tiene la virtud de sacudirlo a uno de su habitual silencio y que exige de entrada una postura, un compromiso: ceder ante las interrupciones al que el texto obliga y abandonarlo para comodidad del lector dirigido por la superexistencia de libros. Unos, de fáciles lecturas, banalizados y con la señal de un producto orientado y protegido tanto por las leyes del consumo como por las de la crítica complaciente y clientelista. Otros, rigurosos, científicistas, amparados por la tiranía de ciertos modelos de críticas y de gustos literarios, pragmáticos, asépticos en sus valores, "desenmarcados", para satisfacción de la corriente, hoy generalizada de lo "objetal" de la literatura. Queda entonces, asumir la posición del lector/activo/crítico y hundirse con el autor en una relación intersubjetiva que verifique el sentido del habla y participar de la conjura a la que finalmente habrá de llevarnos. Porque en la lectura del **Llanto** uno se enfrenta a lo creado y aquí lo creado tiene ritmos de música sagrada, de cordón umbilical amerindiano y en él verifico mi existencia que no es la existencia de un ser cualquiera, el **Llanto** tiene la materia de mi voz, el tono íntimo de mi existencia, la dimensión, la interioridad real del ser americano enfrentado a su aquí y a su ahora, que me arroja al pasado, es decir a la Historia, que me remite a lo arrancado pero también al proceso de re-crear el ser personal del hombre.

Parámetros que encontramos en el **Llanto** a través de la visión histórica, cosmológica, estética, del acto de su escritura y desde la cual de una manera volitiva no podemos volver a ser los mismos.

Desde este enfoque —muy personal—, de sujeto activo-reflexivo, algo sistemático, (y leer es experiencia muy distinta a la crítica) y en trance de cosmovisiones, me dejo llevar para hacer estas observaciones que a mi modo de ver y a mi gusto, se agitan en el **Llanto Americano o Crónica de los Nosotros**.

Necesitamos sí, de una crítica airada, descondicionante, polémica, que no extravíe al lector en la maraña de categorías que en el fondo son pautas del poder. ¿Existe esa crítica integradora, que nos traiga de vuelta de los signos, una lectura profunda, plural y comprensiva de América? ¿Estamos en el camino de esa crítica que nos lleve a la “revuelta de las realidades suprimidas”? Una crítica creadora que nos dé acceso al misterio del texto. Educadora, imaginativa...” así aprendieron los lectores y escritores” en la lejana historia de Punta Mar. Hasta ahora **El Llanto** ha tenido sólo lectores silenciosos, quizás porque nombre sin escándalo el universo primordial, el de los orígenes y entre tantas revoluciones pide al ánimo contacto con lo sagrado, fundamento ético y moral tan significativo en la búsqueda del equilibrio perdido. Llamado preciso en estos “tiempos de destrucción”, que nos auxilien en la inercia cultural que padecemos, cultura que ondea desvaídamente el tatuaje europeo y el del resto de occidente. Ana Rosa Angarita no denuncia, combate en su escritura para librarse de los demonios causantes de todos los males y de todas las muertes del hombre latinoamericano. Sus criaturas no son ficticias. En esta viacrucis, el conquistador, el encuentro occidental, son el dragón, la ser-

piente, el espíritu maligno, el demonio responsable de "nuestra orfandad", por eso en el laberinto del **Llanto**, sus historias logran sacudirnos hasta lo más recóndito y olvidado. Nos hace tomar conciencia de esa permutación de males síquicos. En esta cantata para muchas voces es difícil seguir el orden, saber cuál es cuál voz. El lector es llevado al vientre del **Llanto**, atrapado y es "otro-yo" "Otro nosotros" que se van sintiendo ancestralmente gregarios. Esta novela posee un mágico dispositivo metafísico que nos hace recordar la urgencia de lo colectivo como fundamento de nuestro ser y de nuestro mundo. Y nos colectivizamos. Y nos rozamos con los otros en la orfandad-nostalgia metafísica latinoamericana. Y desde este ángulo aceptamos los postulados que guían la **Novela**.

Es cierto que ya no podemos suprimir el sufrimiento pasado, pero su recuerdo produce instancias reflexivas frente a lo ambivalente de las tradiciones que nos constituyen como individuos y como país, de esta manera el **Llanto Americano** nos interpreta y al hacerlo ya no es lo que fuimos, sino lo que somos y por lo tanto lo que seremos. El **llanto** en este punto vocífera.

Demasiado tiempo sin estas visitaciones en nuestras desmemorias deslastradas de "marcos históricos" que nos avergüenzan a la luz de las corrientes de la moderna literatura. ¿Cómo recapacitar y entender ahora el mal de la conquista? ¿Desde qué categorías distintas, nuevas, abrirnos a este entendimiento? ¿Qué otras batallas debemos librar que no sean la de las verdades raptadas por la oscuridad ideológica y los dogmas que hasta hace poco ofrecía el pensamiento inteligente y comprometido? Ante este silencio damos paso al verbo inscrito en el riesgo. A la escritura articulada por el pensamiento primigenio. Vestigio de esto que no somos aún.

Precaria realidad la que nos asiste. En este sentido, el **Llanto** no es sólo un texto épico. Hay verdades no intelectualizadas que piden ser sumergidas en nuestras vidas, convertirse en proyecto de creatividad. Queda claro que no se trata de volver a enmarcar leyendas negras o blancas o de afectadas historias del Occidente brutal y colonizador. El **Llanto** trae signos de llamado a conciencia, la despierten en este momento de celebraciones oficiales. ¿Y qué estamos celebrando? ¿descubrimiento? ¿invasión? ¿invención? o “piadosamente encuentro” como se ha dado en llamarlo?

El **Llanto** no intenta distribuir a estas alturas condenas o absoluciones, “certificados individuales de bondad o maldad”, busca a través de esta escritura visionarnos descarnadamente para mostrarnos el proceso de “desestructuración de un continente y de la desmemorización de los “nosotros”, quienes formamos parte de esa masa humana aún hoy desposeída y diezmada.

No podemos perder nuestra capacidad de explicación, de indignación y/o admiración por el pasado porque es también perderla por el presente. Considero que el **Llanto** excita la conciencia de lo que nosotros estamos llamados a vivir. El pasado se petrifica cuando no existe el futuro y el **Llanto** de estos quinientos años nos hace regresar en el tiempo y recordamos entonces, que el porvenir, como un órgano vivo, está ahí, a la espera de la encarnación de esas voces, que se junten amorosamente, colectivamente, y con la misma novedad con que Atabey crea con arcilla vida nueva, descartando la de su anterior ser dominado, seamos capaces de construir creadoramente, novedosamente. Invencionándonos, en este nuevo momento de la historia. Seremos “otro” sólo en un orden nuevo, re-creado en nuevos ámbitos. Ámbitos de liberación. En suma, **El Llanto Americano** es una novela compleja en su estruc-

tura y requeriría espacio y convocatoria académica para abordarlo. A este respecto, el crítico José Pérez ha escrito un excelente trabajo: "Llanto y desencanto de Ana Rosa Angarita Trujillo".

Resumo de este singular libro la exigencia de una lectura profunda, estructurando varios niveles de lectura. Hay desdén hacia la naturaleza del signo, lo que hace su escritura extraña, hipermágica, subversiva e irreverente.

Reintegra el habla poética al conjunto de la historia. Ritmos nuevos, sintácticos, lexicales, en el nombrar, que imprimen musicalidad al texto, construido como un gran poema sinfónico donde la crónica se construye en múltiples secuencias, grandes y largos planos, voces en off. El universo semántico del autora es transferido al texto, en su integración simbólica/conciencia individual al plano de "estructuras colectivas". Causalidad social/integración mítica (relación símbolo-mito).

El pronombre como elemento esencial de su "estética-escritura". Supera los límites de un plan-escritura. En esta orgía metafórica (¿hipermágica? ¿hiperrealista?) el lector escucha muchas voces que simultáneamente le descubren caminos ontológicos olvidados y/o ignorados, mercerizados por la cultura literaria del siglo XX. Al desnudar al lenguaje para retornar a lo originario, a lo arcaico del inconsciente creador, nos advierte estar frente a una escritora vigilante y lúcida, no ante el artificio del escritor ilustrado. Quizás sea ésta "la misión trascendente" de esta novela: Si el hombre americano se interroga en términos de eternidad, este hombre ahorcado hasta en sus sentimientos metafísicos, deberá hacer acto de comunión de dioses y de hombres presentes en nuestra cosmogonía y hacer con ello un cuerpo

de sentimientos y de eticidad sin misterios ni ocultamientos, vía de sus sueños y de su dignidad. La clave nos la da el llanto mismo: "... Mira cuánto de hermoso nos dejó la noche, tierra y agua para volver a empezar." Materias primas que como la piedra en palabras de O. Paz, "conforma la gran fábrica del Universo que es la conciencia".

Sin duda estamos ante un texto-escritura que permite múltiples interpretaciones e inclusive opuestas sobre el sentido de la existencia de los "nosotros", en esta tierra aún barrenada por tantos "demonios" que siguen como nunca aullando, oro, oro, oro, que quería Colón.

(1) Caracas, Centauro 1988, 188 p.

